

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 27 de Mayo de 1894.

Núm. 215.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Te saludo, querida lectora, con el respeto debido, antes de empezar el *palique* de esta semana.

—¿Puede saberse de lo que vas á tratar? pregunta.

—Hola, hola; curiosilla eres; pero si te digo la verdad no sé de qué escribir.

—Tú no lo sabrás; pero yo sí.

—¡Caracoles!

—Sí, hombre, no te maravilles, ¿no ves que te conozco y sé que en sabiendo *algo de alguien*, haces una historia?

—Has estado acertaday te prometo que esta leyenda vá á ser muy original: no solamente voy á presentar á Ricardo, á quien tu conoces mucho, si no á Orlando, personaje que existió en la época del feudalismo, y comparar á ambos en sus aventuras amorosas.

¡Cuán distinto es el proceder de uno y otro!

Empezaré por el trovador antiguo, y terminaré el *palique* contándote los amorios de Ricardo, con una encantadora señorita, llamada Pilar.

Con tu permiso, querida lectora, voy á empezar ésta historia:

Orlando sostenía relaciones amorosas con la bella Fernanda, hija de un gran señor y poderoso caudillo de X.

El amante de Fernanda, también era poderosísimo hidalgo, que contaba con grandes mesnadas de peones y caballos.

Todas las tardes iba éste en su ligero y magnífico alazan á ver á su amada.

Una de aquellas tardes salio herido en un torneo, y no pudo ir á ver á su encantadora hurí.

Cuando se restableció, fué y lo que nunca imaginaba, vió en amante colóquió con su dueña, al joven hidalgo, que le hirió en el torneo.

Al verlo bajóse del caballo y dirigiéndose á su rival, le dijo:

—En guardia: quien como yo es hidalgo no asesina; vos habeis querido usurparme ese puesto y no será ¡vive Cristo! mientras me quede un átomo de vida. ¡En guardia, repito, miserable caballero!

Su contrincante echó mano á la espada, y entablóse lucha sangrienta entre ambos.

Cuando salió la gente de la hija del poderoso caudillo á impedir el desafío, ya era tarde.

Ambos, quedaron muertos en el puente levadizo.

Pilarilla, es una elegante y coquetuela muchacha, que cuenta unas dieciseis primaveras, como diría un novelista por entregas.

Ricardo, es un vanidoso joven, que estaba aparentemente enamorado de ella.

Esta jugaba con él lo mismo que con un muñeco; cuando quería bajaba á la reja, y cuando no tenía gana de *palique*, el pobrecillo Ricardo se desesperaba pasando la calle y parándose de vez en cuando en la ventana de su Pilar, esperando verla.

Un día, recibió ésta una carta de un joven literato, muy conocido, en la que le manifestaba su amor, y ella que se entusiasma con la literatura, aceptó al joven pretendiente.

Una noche, como de costumbre, fué Ricardo á hablar con su novia y vió, ¡oh, cielos! que estaba el puesto tomado, como diría mi amigo Pepe Alvistur y Tornero.

Ante aspecto tan desconsolador, se quedó el infeliz turulato.

¡Ingrata! exclamó á la media hora de estar *inmuable* en la esquina de la calle. Si yo tuviera valor, si yo tuviera sangre, le diría á ese *va te* cuantas son cinco; pero soy tan cobarde... que me marchó.

Efectivamente, se marchó al café Oriental y al verle le pregunté:

—Adios Ricardo, ¿como vamos de amores?

—Bien; por más que no quisiera estarlo; ya véis, ni anoche ni ésta, he ido a ver á mi novia; vaya, que me hallo resuelto á quedar mal; haciéndola un motivo me *despachará*; es casualmente lo que deseo.

—Sí, ¿eh?

—Como lo oyes. Cuando me parece tengo novia y cuando me canso la dejo.

—Vamos, chico, ¿querrás creer que te tengo *envidia* por lo afortunado que eres en tus amorios? Todas, absolutamente todas las mujeres que pretendes, te dicen que sí. ¿Cómo te las arreglas para que te *quieran tanto*? (pedazo de atún.)

—¿Qué?

—Que eres un atún. (si nó se lo digo claro, creo que rebiento.)

Ya ves mi querida lectora, con qué descaró mentía el *enamorado* Ricardo.

Pues como éste hay muchos.

Los trovadores de antaño no sé conocen en el siglo XIX.

RAMON BLANCO.

